

Movimiento estudiantil, clase y subjetividad

*Mario Ortega Olivares**

RESUMEN

En este ensayo se analizan distintas teorías sobre el movimiento estudiantil –así como su heterogénea composición de clase–, el enfoque de las oportunidades políticas, el análisis de las conductas colectivas y los llamados nuevos movimientos sociales. Se pone especial atención al problema de la identidad estudiantil y su carácter de semillero de líderes para las organizaciones de otras clases y capas sociales. Se hace la crítica de las tesis de la universidad-fábrica. El desencanto actual de los jóvenes estudiantes también es un tema de reflexión.

PALABRAS CLAVE: movimiento estudiantil, teorías, identidad juvenil, universidad-fábrica, líderes estudiantiles.

ABSTRACT

This paper analyzes several theories on student activism, as well as its heterogeneous class makeup. It delves into themes such as political opportunity, analysis of collective behavior, and the so-called new social movements. It embarks as well on a critical analysis of the university-factory thesis and also reflects on the current lack of student commitment to any given cause.

KEY WORDS: student movement, theories, youth identity, university-factory, student leaders.

CLASE OBRERA Y MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Dado su interés por el cambio social, el marxismo siempre prestó una detallada atención a los movimientos sociales, en especial a los protagonizados por la clase obrera. Sin embargo, tras la rebelión estudiantil protagonizada por los estudiantes de diversas naciones

* Profesor-investigador en el Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco [ortegaoli@hotmail.com].

durante 1968. Autores como Touraine dejaron de enfocar a la clase obrera como exclusivo agente revolucionario y se interesaron por los movimientos sociales desplegados por intelectuales, estudiantes y profesionales (Nivón, 2001:30).

En la llamada sociedad avanzada ocurrieron cambios estructurales que fortalecieron a las capas medias; y rompieron el paradigma del enfrentamiento entre empresarios y trabajadores como factor de la transformación social. El mismo Marcuse reconoció que en la sociedad industrial las clases se hayan dispersas y desesperadas por toda la sociedad, debido a ello, "las fuerzas sociales de emancipación no pueden identificarse con ninguna clase social que, por virtud de su condición natural, esté a cubierto de la falsa conciencia" (Marcuse, 1977:100). Se abrió así el cauce para analizar a movimientos sociales novedosos como los estudiantiles, de género, en defensa del medio ambiente y por la paz (López, 2005:595).

El problema se vuelve más complejo en América Latina, donde por su industrialización tardía, la conformación de una clase obrera revolucionaria siempre presentó un déficit. "Incluso las organizaciones de izquierda que se autodenominaban 'partido de la clase obrera', estaban constituidas en su totalidad por activistas provenientes del medio estudiantil universitario" (Beltrán, 1984:23). A un grado tal que la única revolución socialista consolidada en el subcontinente no fue encabezada por obreros sino por los estudiantes del Movimiento 26 de Julio cubano. En las últimas décadas, la capital mexicana vio cómo se esfumaban sus industrias tras la violenta apertura comercial neoliberal, junto con ellas se diluyó la clase obrera metropolitana. En la actualidad, 60% de sus habitantes subsisten en actividades de carácter informal. Lo que permite entender la creciente importancia de los movimientos urbanos populares.

Los enfoques estructurales sobre el movimiento estudiantil tienen pocas posibilidades, pues los estudiantes no constituyen una clase social definida por el lugar que ocupan en el proceso de producción. Su composición es heterogénea aunque en su interior tienen un fuerte peso las capas medias hoy tan depauperadas. Como a su interior se expresan diversos intereses de clase, "sería ilusorio esperar una acción y una conciencia política homogénea" (Anta y Ogando, 2006:2). De ahí su indiferencia a la lucha de clases como motor movilizador.

No se puede negar la heterogeneidad clasista de los estudiantes, pero en su vida universitaria comparten muchas experiencias: sufren el despotismo de algunos profesores, comparten la vida fuera de la escuela para preparar sus tareas y exámenes, conviven en el aula, la biblioteca y las cafeterías escolares. Por ello pueden participar socialmente en acciones puntuales, bajo reclamos y denuncias concretas asociadas con su existencia inmediata, siempre y cuando tengan coincidencias de opinión. Como sus reclamos no son canalizados a través de estructuras políticas convencionales, se les cataloga dentro del rubro de los nuevos movimientos sociales. Aunque dichos movimientos declinan y se esfuman con el cambio de generación, los pequeños grupos de activistas siempre están al acecho de una oportunidad de desatar una movilización generalizada.

SUBJETIVIDAD CRÍTICA

Para el estructuralismo mecanicista, la conciencia de una clase es un reflejo automático de su relación ante la propiedad, por ello se espera que todos los individuos que provienen de una misma posición estructural respondan de manera semejante y clasista ante la insatisfacción de sus necesidades. Además de manifestarse colectivamente como un solo hombre para defender sus reclamos.

Este no es el caso del movimiento estudiantil, pues el estudiante es un intelectual en formación para la generación y práctica futura de sus conocimientos. Al ser educado sobre la base de la crítica metódica para acercarse a la verdad, el estudiante es un "sujeto pensante y cuestionador, que ya no se conforma con los discursos ideológicos, sino que construye su propia certeza" (Aranda, 2000:243). En su interés por conocer se esfuerzan por develar las apariencias predominantes en la sociedad alienada, pese a que su afán por estudiar tenga como fin un ascenso en la escala social.

Durante la revolución estudiantil iniciada en 1968, los ideólogos no podían entender las razones de esos movimientos, pues lo que facilitaba su auge no era la privación social sino la prosperidad. En aquellos días los jóvenes estudiantes de las capas medias se fueron adhiriendo de forma individual y por razones de conciencia a los reclamos estudiantiles. En tanto personas que al tener resueltos sus problemas vitales básicos, disponían de recursos excedentes

de tiempo, dinero y energía para dedicarlos a las actividades del movimiento estudiantil (López, 2005:593).

Coincido con Pérez cuando concluye que:

Luego de la década de 1960, ya no se podía aceptar que los participantes en las protestas fueran individuos anónimos e irracionales, como habían defendido los seguidores de las teorías sobre la sociedad de masas; los nuevos investigadores habían descubierto que se trataba de individuos racionales, bien integrados a la sociedad, miembros de organizaciones, y que en sus acciones de protesta estaban impulsados por objetivos concretos, valores generales, intereses claramente articulados y cálculos racionales de estrategia [1993:163].

Los estudiantes son sensibles ante la injusticia y ante los discursos alienantes que ofenden a la razón, por ello sus críticas tienden a ser implacables hacia los vicios de la sociedad avanzada. A veces se movilizan por demandas inmediatas contra el incremento de cuotas o los precios elevados en el comedor estudiantil. Sin embargo, tienden a comprometerse más con los valores humanos, el saber y la justicia; sobre la base de un compromiso comunitario donde “el conocimiento es la base de la racionalidad que organiza la consecución del fin” (Nivón, 2001:34).

La movilización estudiantil es intermitente y perene; durante el transcurrir de la normalidad institucional, el concepto de “lo estudiantil” suele hibernar en los grupos de activistas que mantienen encendida la flama de la rebelión, pero se reconfigura con todo su sentido y significación cuando alguna situación interna o externa indignan o cuestionan las subjetividad de los estudiantes en tanto individuos.

Aunque es necesario estudiar más dicho tema en el campo empírico, para averiguar cómo los actores de base, los participantes comunes en los movimientos sociales, son movilizados a la acción. Considero que los estudiantes actúan más como una “multitud” de entes autónomos que coinciden en sus puntos de vista, que como una masa estructurada en torno a una organización jerárquica y disciplinada. Por “multitud” entendemos junto con Virno (2003:21-22), una pluralidad de individuos que se expresan en la esfera pública sin converger en un Uno ordenado. Durante 1968 los movimientos estudiantiles se comportaban como grupos no jerarquizados, sin un mando único, con multiplicidad de liderazgos y de objetivos, pero

con estrechos canales de comunicación entre sí (López, 2005:593). No funcionaban como actores unidos sino como “sistemas de acción multipolar”, que transitaban por fases de construcción y reconstrucción, centrados en la libertad interpersonal de las “redes del movimiento” (Aranda, 2000:234).

Los jóvenes tienen que abrirse camino frente a la resistencia de lo viejo; de ahí su sensibilidad frente a los cánones autoritarios, la negación de las identidades emergentes y ante la falsedad. Tienden a luchar por emanciparse, a negar la legitimidad de las pautas tradicionales y fracturar la obstrucción fundamentalista al progreso. “Por lo que su potencialidad explosiva es fuerza latente que, en determinados momentos y bajo ciertas circunstancias, estalla abiertamente” (Aranda, 2000:248).

Los movimientos estudiantiles tienden a ser antiautoritarios, pues chocan con las burocracias universitarias y estatales. En su seno, los líderes deben ganar su legitimidad por la vía carismática. La relación entre los líderes y la base estudiantil expresa fuertes componentes emocionales, “la lucha se dirige a objetivos ideales y se planea en forma de rupturas radicales, y el público que el movimiento atrae es joven en su mayoría (López, 2005:596).

La universidad es un semillero de dirigentes, lo mismo el sistema hegemónico que los movimientos alternativos se nutren de ex líderes estudiantiles. Sin duda los movimientos de reforma universitaria iniciados en Córdoba durante 1918, “fueron la cuna de grandes intelectuales y dirigentes políticos de las primeras corrientes nacionalistas y marxistas de Latinoamérica” (Anta y Ogando, 2006:3). Pasemos ahora a discutir a los movimientos sociales en general.

MOVIMIENTOS SOCIALES

Alain Touraine distingue tres tipos de conflictos que modifican rasgos de la estructura social:

Conductas colectivas, serían aquellas acciones que representan una defensa, reconstrucción o adaptación de un elemento enfermo del sistema social. Luchas, se denominarían a los conflictos que buscan modificar el sistema de decisión, que actúan como factores de cambio y como fuerzas políticas. Movimientos sociales, se llamaría a las

acciones conflictivas que buscan transformar las relaciones sociales de dominación que se ejercen sobre los principales recursos culturales, la producción, el conocimiento, las reglas éticas [Touraine, 1991:6].

De acuerdo con Nivón (2001:34-35), el concepto de movimiento social no sólo describe una parte de la realidad empírica, sino que también expresa un ejercicio cognitivo de comprensión y reconstrucción de la realidad. Un movimiento se constituye cuando los sujetos se identifican como actores sociales mediante lazos simbólicos, que los acercan o excluyen respecto de otros en el escenario social.

El movimiento social implica una acción colectiva en diversos ámbitos, ya sean globales, regionales, nacionales, locales, entre otros. Acciones resultantes de procesos primarios de cognición, donde se cuestionan condiciones anormales que tensan a la sociedad y sus instituciones. “Una sociedad sana no tendría movimientos sociales, ya que cuenta con una formalidad política y ‘normas’ para la participación social” (Aranda, 2000:227).

Según se ponga énfasis en la relación de los movimientos sociales con el Estado o con la sociedad civil, se puede acudir a dos paradigmas alternos: el *enfoque de las oportunidades políticas* o el de los *nuevos movimientos sociales*.

MOVIMIENTO ESTUDIANTIL E IDENTIDAD

Tras poco más de dos décadas de ofensiva neoliberal, el sector trabajo fue sometido a escala global. La flexibilidad en la contratación y en la división del trabajo, la precarización laboral, la subcontratación, el subempleo, la fragmentación salarial y otras formas de acumulación por despojo, “son condiciones en las que se disuelven los lazos de solidaridad tradicionales dentro de los que se nuclearon las clases trabajadoras” (Urresti, 2000:198).

Antes de 1968 los estudiosos de los movimientos sociales se enfocaban en las estrategias y movilizaciones de la clase obrera contra el Estado, orientadas a la transformación integral de la sociedad. Luego de la revolución de Mayo los investigadores de los nuevos movimientos sociales se centran en el estudio de la construcción de la identidad, en la vida cotidiana y en la construcción de los sentidos,

en las diversas formas de asociacionismo y activismo colectivo con carácter movilizador.

Cuando se agotó la marea revolucionaria de 1968 y la contrarrevolución bloqueó los cauces a la participación social, emergieron diversas estrategias para la búsqueda de identidad, centradas en las particularidades culturales, de estilos y de consumo cultural. (Balardini, 2000:12). Maffesoli da cuenta de la emergencia de pequeños grupos juveniles que caracterizan el paso de la modernidad a la posmodernidad luego de 1968.

Es especialmente notorio el cambio en la “socialidad”, campo en el que las relaciones interpersonales ya no se sustentan en contratos políticos o ideológicos, sino en la acción de una “comunidad emocional”, y rituales de emociones compartidas como el fútbol (Balardini, 2000:12).

El malestar indiscriminado que genera el egoísmo individualista y competitivo imbuido por la sociedad de mercado, ha conducido a una pérdida de identidad, a un declive de las relaciones tradicionales y a un deterioro de los lazos de lealtad, especialmente entre los jóvenes. Al no contar con empleo ni educación, carecen de identidad. En la búsqueda de sí mismos, los jóvenes se enfrentan a una sociedad fragmentada que no les permite identificarse en torno a valores universales o clasistas, por ello son receptivos de nuevas utopías y nuevos compromisos, para construir identidades restringidas (Nivón, 2001:31). Son identidades que comparten su “vena antiautoritaria, su profunda desconfianza en el mercado, en la inversión privada o en la ética del éxito, y su apoyo a la distribución igualitaria, la democracia participativa y la autonomía individual y grupal” (Nivón, 2001:31-32). Autores como Offe, Touraine o Alessandro Pizzorno han desarrollado el enfoque de los nuevos movimientos sociales.

ACERCAMIENTOS TEÓRICOS

La discusión contemporánea sobre las luchas sociales no se limita a los llamados *nuevos movimientos sociales*. También hay otros aportes, entre ellos la *teoría de la conducta colectiva y la movilización de recursos*. Autores como McCarthy, Zaid, McAdam y Tarrow consideran que

para la emergencia de un movimiento social no es suficiente que exista una razón empírica para protestar, como el hambre o la escasez. Además, es necesario contar con los recursos y oportunidades para la *acción colectiva*, en la medida que la organización es un requisito esencial para la movilización social (López, 2005:593). Es más fácil que surja un movimiento social cuando mejora la posición política de la oposición, cuando se debilita la hegemonía institucional durante las crisis y cuando se restringe el uso de la represión para afianzar el control estatal. El enfoque de las oportunidades políticas busca identificar las operaciones cognitivas de los actores sociales sobre las opciones y coyunturas políticas que les son favorables. Así como las reacciones esperadas del Estado frente a las demandas de la sociedad civil (Aranda, 2000:228).

Luego de considerar los cambios estructurales que permitieron la emergencia de movimientos sociales distintos a los enfrentamientos entre clase obrera y empresariado, o terratenientes-campesinos –como los ambientalistas, estudiantiles, de género, etcétera–, López enlista los recursos y oportunidades necesarios para detonar un movimiento social, especialmente entre las capas medias: *a)* la existencia de alguna forma de organización; *b)* la autonomía del movimiento respecto de las organizaciones tradicionales como los partidos y sindicatos; *c)* la falta de acceso a formas institucionales de acción política y la carencia de poder del grupo; *d)* una identidad colectiva expresada mediante códigos simbólicos; *e)* una espontaneidad informal y una marcada horizontalidad entre los integrantes; *f)* un liderazgo carismático basado en una relación abierta con la gente; así como *g)* una participación consciente que supera la pasividad (López, 2005:604-605). Aunque los nuevos movimientos sociales promueven rupturas delimitadas, el autor advierte que en América Latina por sus circunstancias específicas, los movimientos estudiantiles han llegado a plantearse la toma del poder político o como en el caso cubano lo llegaron a concretar en alianza con la población harta de la dictadura batistiana.

El paradigma de acción colectiva considera que la *movilización de recursos* es la variable esencial para explicar un movimiento social (Olson, 1991). Observa a los movimientos sociales desde una óptica organizacional, le interesa evaluar la manera como actúa la población movilizada. Al analizar los movimientos desde la óptica de los costos

y beneficios de las decisiones tomadas y las acciones consecuentes, no se preocupa por su origen ni su desarrollo histórico.

Autores como Tilly, Ash y Kitschelt ven a los movimientos sociales como experiencias innovadoras de participación, que aprovechan y generan recursos políticos al seno de las sociedades avanzadas. Los movimientos sociales son desde tal perspectiva grupos de presión o embriones de partidos, que emergen alrededor de objetivos políticos precisos y no son expresiones de un comportamiento social patológico. El *enfoque de las oportunidades políticas* otorga “mayor peso a las opciones de negociación que al manejo de recursos; aunque sin dejar de considerarlos como parte de ese ‘convenio’ entre quienes detentan el poder y los que se movilizan para aprovechar las coyunturas y ventajas” (Aranda, 2000:228).

Los nuevos movimientos sociales

El paradigma de los nuevos movimientos sociales innovó los enfoques de la sociología europea ante los enigmas planteados por los movimientos estudiantiles estallados en mayo de 1968. Como ya hemos comentado, dichas movilizaciones fueron protagonizadas básicamente por estudiantes de capas medias. Quienes a pesar de sus esfuerzos no lograron, pese a sus heroicos esfuerzos, entablar con la clase obrera una sólida alianza. Se comprendió que la lógica estudiantil no cabía dentro de la noción de clase social, pues sus objetivos más que economicistas, pretendían la transformación de la cultura y de la vida misma. Dichos movimientos rompieron con las soluciones políticas de la posguerra.

Como estos nuevos conflictos no se originaban ni en la producción industrial, ni se canalizaban por la vía partidaria u organizativa. Habermas los entendía a la vez como un síntoma y una solución a las crecientes regulaciones propias del capitalismo avanzado (Aranda, 2000:234). Representaban mutaciones de las prácticas organizativas, vivencias de nuevas temáticas sociales, nuevos actores y nuevas formas de movilización social y percepción de los cambios (Balardini, 2000:13).

Podemos ubicar un *nuevo movimiento social* por su espontánea informalidad, su horizontalidad estructural y su falta de continuidad. López identifica dos etapas en su existencia discontinua: a) una de

latencia donde se experimentan formas contraculturales que van confluyendo hacia el conflicto y *b*) otra de movilización propiamente dicha, renuente a delegar su representación en estructuras partidarias (López, 2005:596).

El proyecto de los individuos postmodernos estaría más centrado en la autonomía existencial. Su contestación a la llamada "colonización del tiempo de vida" tiende a expresarse más bajo una forma contracultural que propiamente política. La participación activa y la transformación de la vida cotidiana a través de las acciones de la sociedad civil serían otras de sus características. Al percibirse a sí mismos como alternativos, dichos movimientos despiertan una gran atracción entre las masas de excluidos por el neoliberalismo.

Esos nuevos movimientos rechazan a la sociedad competitiva y buscan una nueva relación con el cuerpo, la sexualidad y el consumo que permita la realización individual. Sus formas de actuar son descentralizadas, a pequeña escala y prefieren la democracia directa sobre las jerarquías. Reclutan a sus activistas entre la cada vez más diversa cantidad de individuos excluidos por la sociedad avanzada (Hirsch, 1977). De ahí el creciente interés por interpretar el significado cultural de estos nuevos movimientos, en detrimento de las investigaciones sobre su origen estructural (Melucci, 1985:1988). Una de las condiciones para el éxito de los nuevos movimientos es la distancia que logran sostener frente al Estado y sus instituciones.

La Edufactory

Actualmente navega por internet una página denominada *Edufactory*, el colectivo que la edita atribuye una centralidad fundamental a los movimientos estudiantiles en las luchas sociales, pues desde su particular interpretación de la teoría del capitalismo cognitivo la universidad es una factoría:

Antes fue la fábrica, ahora es la universidad. Donde una vez la fábrica era un sitio paradigmático de la lucha entre los trabajadores y los capitalistas, ahora la universidad es un espacio clave de conflicto, donde la propiedad del conocimiento, la reproducción de la fuerza de trabajo, y la creación de estratificaciones sociales y culturales están todas en juego. Es decir, la universidad no es solamente una institución más,

sujeta a controles soberanos y gubernamentales, sino un sitio crucial, en el cual las luchas sociales más amplias se ganan o pierden [EduFactory Collective, 2006].

En 2008 durante una de las rondas de discusión en el foro virtual de *Edufactory*, De Nicola y Roggero refutaron la idea de que la universidad fuera el corazón de la producción capitalista: “la universidad no es central en la producción capitalista” (2008:1). Sin embargo, resaltaron que la universidad sí desempeña un papel central en la disputa política por la orientación de las subjetividades, por el papel de la crítica al develar las falsas conciencias. Los autores recuperan categorías aportadas por los teóricos de la corriente italiana obrerista, quienes distinguieron la composición técnica basada en la división social del trabajo; de lo que denominan composición política de clase. Categoría analítica que daría cuenta de la correlación de fuerzas en el campo de disputa política por las subjetividades. Instancia en la que los estudiantes e intelectuales cumplen papeles centrales.

Aunque reconocen que la universidad no es una fábrica, para los autores no hay duda de que la universidad genera valores; pero consideran que el problema no es demostrarlo, sino lograr cuantificarlos. De ahí la insistencia de las burocracias universitarias en introducir índices de evaluación del desempeño de excelencia, como la cantidad de referencias internacionales sobre un artículo o la magnitud del capital humano que comprueba la presentación de credenciales y diplomas. Las propias universidades han sido sometidas a procesos de jerarquización, sobre la base del lugar que alcanzan en la clasificación de instituciones educativas.

Movimientos salvajes

Las reformas estructurales exigidas por el neoliberalismo desataron toda clase de concesiones al capital, como el abaratamiento de la mano de obra. La apertura comercial mediante tratados bilaterales arruinó nuestras pequeñas y medianas empresas, lanzando al paro indefinido a millones de personas, lo mismo trabajadores que pequeños empresarios, quienes se enfrentaron cara a cara con la exclusión. Estos nuevos pobres sacrificados por las frecuentes crisis

financieras y expulsados de sus empleos, no constituyen ya una reserva de mano de obra; ahora son innecesarias o prescindibles, se les considera como infraclases (*underclass*). La ausencia de compromisos del sector dominante hacia esas multitudes depauperadas los excluye, pese a que no se les puede ignorar.

Estas subclases generan tensiones “cuyas descargas consisten en revueltas puramente autodestructivas, es decir, carentes de toda estrategia y finalidad y que sólo pueden ser controladas por medios represivos” (Habermas, 1998:194). Como los movimientos sociales de los excluidos carecen de canales político institucionales, “con gran frecuencia ejercen la denuncia y la crítica, pero cancelan sus posibilidades de negociación o se inmolan en formas de lucha a veces espectaculares pero igualmente destructivas” (Nivón, 2001:34). Al reconocer que poco pueden esperar de los Estados que abdicaron de sus responsabilidades, su “protesta muy fácilmente se traduce en odio y venganza”. En la búsqueda de estrategias que resarzan sus carencias y exclusión, estos grupos protagonizan movimientos tan desesperados, que en lugar de atraer la solidaridad y comprensión social, “generan rechazo externo o medidas de agresión hacia el conjunto de la sociedad” (Nivón, 2001:29), que los excluyen todavía más.

EL IZQUIERDISMO ESTUDIANTIL

Durante la década de 1970 se expresó en México, pero en especial en la Universidad de Sinaloa, una corriente estudiantil radicalizada que sostenía la tesis de la universidad-fábrica. Como eran criticados por padecer la “enfermedad del izquierdismo”, según la concepción leninista, ellos mismos se autodenominaron los *enfermos*.

Dichos estudiantes, en su desesperación por la falta de respuesta de los trabajadores para asumir su “histórica tarea” revolucionaria, soñaron con trastocarse en una masa obrera. Para justificar su conversión de clase postularon que la universidad era una nueva rama de la producción, donde ellos eran a la vez la fuerza y el objeto de trabajo. En dicho esquema, la mercancía que la universidad produce, sería la cualificación de la mano de obra de los estudiantes, a través de su formación y capacitación. En su carácter de *fuerza de trabajo*, los propios estudiantes actuarían sobre sí mismos como

objeto de trabajo, para autocalificarse. Los estudiantes del Comité de Lucha de la Escuela Superior de Economía cuestionaron a los enfermos: “¿cómo puede entonces ser posible que el estudiante sea objeto de trabajo y al mismo tiempo genere su fuerza de trabajo?, ¿cómo puede entonces transformarse a sí mismo para convertirse en mercancía? (Comité de Lucha de la Escuela Superior de Agricultura; en Tecla, 1976:179).

El salario que recibirían los obreros-estudiantes no se pagaría en dinero sino mediante trueque: “con ‘mercancía educativa II’ (maestros que lo enseñan) y en especie (casas de estudiante, becas) contradiciendo el proceso clásico de la conversión del dinero en capital”. Pasar de aquí a un antagonismo de clase entre los obreros (estudiantes y maestros), frente al capital representado por el rector, la administración y la burguesía no requería gran esfuerzo.

El compromiso de la “clase obrera universitaria” consistiría en enarbolar demandas revolucionarias que sacrificaran los intereses egoístas del movimiento estudiantil como la reforma universitaria. Las huelgas universitarias serían una forma de detener la producción de capital:

[...] la lucha por la apropiación, destrucción del capital en el seno del proceso universitario, lo que se expresa en la apropiación de los recursos que proporciona la universidad para la lucha universitaria (conocimientos, materiales, edificios, etcétera) y en el ejercicio de las acciones y de las formas de lucha que obstaculizan y paralizan la reproducción del capital en este proceso, esto es, en ejercicio de la huelga, paros, etcétera, tanto con el objetivo explícito (interno) de golpear al capital (aunque sea mínimamente), como con el sometimiento de estas acciones a la lucha general del proletariado [...] *el estudiantado de Sinaloa es hoy la punta de lanza, el destacamento más avanzado del brazo estudiantil del proletariado* [Consejo Estudiantil de la Federación de Estudiantes Universitarios de Sonora, en Tecla, 1976:193].

La realidad empírica fue una dura pared contra la que chocaron sus tesis; quedaron atrapados en una espiral de descomposición interna.

Crítica a la noción de universidad-fábrica

Aunque los movimientos universitarios no pueden paralizar la producción de capital como pretendían los *enfermos*, sí tienen un enorme peso tanto simbólico como cultural y una gran reputación por su compromiso histórico con la lucha social. Los estudiantes son portadores de una misión trascendental para las sociedades: ampliar la necesaria libertad de investigación, defender la educación universal, así como criticar y preservar los conocimientos. Además de su prestigio moral y cultural, cuentan con la presencia numérica y territorial propia de las universidades que se han masificado (Anta y Ogando, 2006:2-3). De ahí la importancia de los movimientos estudiantiles como promotores de la permanente reforma crítica de los programas y fines de la universidad. Los postulados de la reforma universitaria están aún lejos de alcanzar su concreción; sin embargo, son trascendentales para el cambio social, por ser garante de la autonomía de pensamiento creativo.

Sin duda la universidad no es una fábrica, pero sí es destacado agente del cambio cultural y social. Las reivindicaciones de los movimientos por la reforma universitaria mantienen su vigencia: como la promoción de una universidad crítica y científica, la centralidad de la investigación en el proceso de enseñanza aprendizaje, la renovación de los métodos pedagógicos, así como su permanente democratización.

Los movimientos estudiantiles son consustanciales a la autonomía universitaria. En la medida que sólo se es estudiante durante una época de la vida, los movimientos estudiantiles siempre se están renovando, sus personajes y contextos cambian en diversos momentos. Esto dificulta la acumulación de experiencias pero también posibilita nuevos enfoques y dinámicas, "esa necesaria rotación de los actores implica diferentes formas de asumir el activismo, de concebir la lucha y de establecer los lazos internos de solidaridad con el resto de los compañeros" (Aranda, 2000:243).

Entre un movimiento estudiantil y otro los núcleos de activistas conservan y ponen al día su memoria colectiva en las universidades. Se mantienen atentos a las demandas estudiantiles en proceso, inquietan al grupo social sobre su condición, sintetizan las demandas, exploran sus posibilidades y rastrean la oportunidad de otro estallido.

DESTROZOS NEOLIBERALES

Desde el capitalismo avanzado, las sociedades aceptaron nuevas formas de regulación social a cambio de la ampliación del consumo suntuario y las ventajas del Estado de bienestar. De esta manera, el sistema colonizó al mundo de la vida (Habermas, 1995:19). Al mismo tiempo que la vida cotidiana se fue distanciando del Estado benefactor, ocurrió una concomitante “colonización” del mundo de la vida por el parte de la burocracia institucional (Kriesi, 1988:356). Como la premisa de tal colonización radica en la separación entre Estado y sociedad civil, la vigencia de esta tesis en América Latina está a discusión (Aranda, 2000:240). Debido a que en nuestras naciones el autoritarismo estatal somete por la violencia a la sociedad, el poder no necesita colonizar a la sociedad civil, pues la mantiene oprimida.

En su fase neoliberal, la economía de mercado global dismanteló las instituciones estatales y abandono la ciudadanía en la vorágine de la competencia. El paradigma eficientista del éxito neoliberal se convirtió en el patrón de medida de los individuos. Esta ha sido la utopía del mercado, el tiempo de los trepadores “yuppies y el polvo blanco, consumido para lograr un mayor rendimiento, la óptima productividad, en definitiva, la mejor adaptación” (Balardini, 2000:10). La inducción de los objetivos neoliberales en la universidad se ha manifestado a partir del “incremento de trabajo flexible en la academia, acarreado el reemplazo gradual de los profesores de tiempo completo –cuyas categorías laborales fueron creadas durante el auge de la universidad pública y la escolarización de las masas en la era keynesiana– por profesores de tiempo parcial, flexibilizados, sin seguridad laboral o con un trabajo *precario*” (Cuninghame, 2008:11). La flexibilidad laboral debilitó a las fuerzas del trabajo, redujo sus ingresos y expandió la inestabilidad laboral, “la globalización neoliberal ha dado origen a una crisis de la capacidad integradora de la sociedad” (Nivón, 2001:33).

Transitamos por una segunda década perdida para América Latina, en estos años se aceleraron los cambios estructurales neoliberales, todo se flexibilizó para quitar obstáculos a la acumulación deprecadora. Se desmovilizó a la sociedad golpeando a las organizaciones de base, a los sindicatos y a los partidos populares (Balardini, 2000:9). Desde el enrarecido ambiente del poder centralizado y autoritario,

los movimientos sociales, en lugar de ampliar la democracia, han resentido “la represión estatal más que un avance en la lucha de la liberación” (Aranda, 2000:241).

La precarización de las condiciones de reproducción social repercutió también sobre los jóvenes estudiantes, quienes enfrentan crecientes dificultades para conseguir un empleo estable tras egresar de la universidad. El dicho de que la modernidad es la resultante del movimiento más la incertidumbre, adquiere todo su sentido (Balandier, 1988:16).

Desencanto estudiantil

El adelgazamiento del Estado pulverizó las instancias de mediación y control social. Ahora la “sociedad civil se encuentra en una situación de incertidumbre, desencanto, recomposición y fluidez que abre el paso a dinámicas de inconformidad y resistencia a las nuevas políticas, sin control ni canalización política o programática” (Oliver, s/f:3). En la actualidad parece que las dificultades económicas en lugar de generar movimientos impugnadores, estuvieran poniendo a prueba la capacidad de resistencia; y comprobando la flacidez de los resortes que impulsarían la participación popular contemporánea (Urresti, 2000:198).

Se dice que si la década de 1960 fue la de los movimientos estudiantiles, la de 1990 fue la de los sesenta al revés (Balardini, 2000:7); no se diga lo que ha ocurrido en 2000. El neoliberalismo hizo su tarea, alentó la desilusión y el desencanto sobre las posibilidades de las movilizaciones sociales; entre los jóvenes de la generación *nini* denominada así porque no tienen ni empleo ni educación, campea la desconfianza y el individualismo. Según Oliver (s/f:3) luchas como la desplegada por del Consejo General de Huelga estudiantil en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) entre 1999 y el 2000, han dado “muestras sobre la inmadurez, el desencanto, la desconfianza, la radicalidad y la intransigencia de las nuevas generaciones de jóvenes urbanos de clase media y de clase trabajadora del país”.

Los jóvenes universitarios de hoy tienden a ser apolíticos, escépticos y no tienen interés en movilizarse, viven tiempos de desesperanza y escepticismo. Entre los estudiantes atomizados predomina

una visión consumista individualizante. Las identidades colectivas de los movimientos estudiantiles se diluyen en reclamos inmediatos (Fernández, 2010:2).

Según Urresti, “una juventud mayoritariamente reformista y moderada vibra nuevamente en la cuerda dominante” (2000:204). La corriente Praxis, un importante grupo de activistas universitarios que mantiene encendida la flama de las movilizaciones estudiantiles, reconoce que no ha logrado “más que circunstancialmente, romper cierta pasividad y reticencia al compromiso político de la mayoría de los estudiantes. Esta es la tarea pendiente y la pregunta es: ¿cómo?” (Anta y Ogando, 2006:2).

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Quienes sobrevaloran la determinación estructural sobre los movimientos sociales, ignoran que la acción propiamente humana, además de ser una práctica, también es una manifestación de su conciencia. Los seres humanos no son testigos, sino que también pueden ser protagonistas de su propia historia.

Pero las vanguardias modernas siempre han exigido a la multitud el sacrificio de su creatividad espontánea, así como el sometimiento a sus órdenes y directivas, como requisito indispensable para alcanzar las metas colectivas. El estalinismo es el ejemplo paradigmático de dicha alienación de la voluntad popular, pues el Estado subsumió tanto a los sindicatos como a las organizaciones campesinas y populares a los designios del déspota en el poder. Pero la alienación mediática en las sociedades de mercado no se queda atrás. Ante las burocracias gobernantes los nuevos movimientos sociales se manifiestan como formas de expresión más horizontales y autogestivas.

Durante el siglo XX vivimos insurrecciones obreras como la rusa, campesinas como la mexicana y hasta una revolución socialista encabezada por el Movimiento Estudiantil 26 de Julio. En el neoliberalismo global son tantas y tan diversas las desigualdades que pueden afectar a las personas, que la explotación industrial no es la única causa de estallidos sociales.

Tras los atentados del 11 de marzo de 2004 u 11-M, la multitud de jóvenes madrileños respondió en tiempo real a la manipulación

televisiva que seguía atribuyendo los atentados fundamentalistas a los activistas vascos. Mediante el empleo de mensajes de texto enviados a través las redes de telefonía celular, dicha experiencia social abre un nuevo panorama a la movilización social por vías virtuales e inmateriales.

La emergencia de los movimientos entre los estudiantiles educados para la crítica, tienen más que ver con la indignación cognitiva frente a la manipulación y la injusticia, que con su condición de vida. Aunque los movimientos estudiantiles no logren una transformación integral de las estructuras sociales, pueden lograr importantes quiebres en la alienación subjetiva de las multitudes. Los estudiantes no deben despreciar las reivindicaciones de la Reforma Universitaria, pues la defensa y expansión de la autonomía es requisito indispensable para el pensamiento libre.

BIBLIOGRAFÍA

- Anta, Pablo y Ogando, Martín (2006), *Crítica del sindicalismo universitario. Ideología y política en el movimiento estudiantil*, Corriente Praxis [<http://bit.ly/b5jX9Y>], fecha de consulta: 13 de marzo de 2010.
- Aranda, José María (2000), "El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales", *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, año 7, núm. 21, enero-abril.
- Balardini, Sergio (2000), "Prólogo", en Sergio Balardini (comp.) (2000), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Clacso, Buenos Aires.
- Beltrán Acosta, L. (1984), *Las luchas sociales en Venezuela. Antecedentes históricos del movimiento estudiantil*, Fondo Editorial "Carlos Aponte", Caracas.
- Colectivo Edu-Factory (2006), "Edu-factory manifiesto" [<http://bit.ly/93RBYw>], fecha de consulta: 10 de abril de 2010.
- Cunningham, Patrick (2008), "EduFactory: precarización de la producción del conocimiento y alternativas", *Bajo el Volcán*, vol. 7, núm. 13 [<http://bit.ly/9wq5T0>], fecha de consulta: 6 de abril de 2010.
- De Nicola, Alberto y Roggero, Gigi (2008), *Eight Theses on University, Hierarchization and Institutions of the Common*, Edufactory.
- Fernández, Alejandro (2010), *Movimiento estudiantil: de la política a lo político: de las organizaciones a la multitud. Debates actuales de la política contemporánea*, UNLPA/CONICET [<http://bit.ly/9GYYJz>], fecha de consulta: 19 de enero de 2010.

- Habermas, Jürgen (1981), "New social movements", *Telos*, núm. 49.
- (1995), *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1998), *Más allá del Estado nacional*, FCE, México.
- Hirsch, Fred (1977), *The Social limits to Growth*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- Kriesi, Hanspeter (1988), "The interdependence of Structure and Action. Reflections on the State of the Art", en Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, *International Social Movement Research*, vol. 1, JAL Press, Greenwich, Connecticut.
- López, Roberto (2005), "Fundamentos teóricos para el estudio de los movimientos estudiantiles en Venezuela", *Espacio abierto. Cuaderno venezolano de sociología*, vol. 14, núm. 4, octubre-diciembre.
- Marcuse, Herbert (1977), "Tolerancia represiva", en Robert Paul Wolff, Barrington Moore y Herbert Marcuse, *Crítica de la tolerancia pura*, Editora Nacional, Madrid.
- Melucci, Alberto (1985), "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements", *Social Research*, núm. 52.
- Nivón, Eduardo (2001), "Los nuevos movimientos sociales. Ciudadanía y representación en el movimiento universitario", *Alteridades*, vol. 11, núm. 22.
- Oliver, Lucio (s.f.), "Crisis de la universidad pública en México: la dinámica del movimiento estudiantil de la UNAM 1999-2000" [<http://bit.ly/bDdZpa>], fecha de consulta: 20 de enero de 2010.
- Olson, Mancur Jr. (1991), "Autocracy, democracy, and prosperity", en Richard J. Zeckhauser (ed.), *Strategy and choice*, MIT Press, Cambridge.
- Pérez Ledesma, M. (1993), "Cuando lleguen los días de cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)", en M. Montanari, E. Fernández *et al.*, *Problemas actuales de la historia*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, España.
- Tarrow, Sindy (1997), *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, Madrid.
- Tecla, Alfredo (1976), *Universidad, burguesía y proletariado*, Ediciones Taller Abierto, México.
- Touraine, Alain (1991), *Los movimientos sociales*, Almagesto, México.
- Urresti, Marcelo (2000), "Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico", en Sergio Balardini (comp.), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Clacso, Buenos Aires.
- Virno, Paolo (2003), *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporánea*, Traficantes de sueños/Mapas, Madrid.